

puerta del paraíso dos árboles grandes: en el mundo no se ve cosa que se aparezca al aroma de estos árboles, a su ombroso follaje, a la perfección, belleza y elegancia de sus ramas, a la hermosura de sus flores, al perfume de sus frutos, al lustre de sus hojas, a la dulce armonía de los pájaros que sobre sus ramas gorjean, a la fresca brisa que a su sombra se respira... Al pie de cada uno de ambos árboles corre una fuente de aguas dulces, frescas, puras, que forman dos ríos verdes, semejantes al cristal por su transparencia, cuyo lecho es de límpidos guijarros de perlas y rubíes, cuyas linfas son más traslúcidas que el berilo, más frescas que la nieve fundida, más blancas que la leche... ¡Bienvenido seas, oh amigo de Dios, penetra en tu mansión colmada de gloria y honor...! Y así que penetra, he aquí que en un tabernáculo se le ofrece una doncella, superior en hermosura a todas las otras, ataviada con ropajes de variados colores y cuyo rostro brilla con tan vivo esplendor, que ofusca los ojos y transporta los corazones el brillo de su belleza, la hermosura, perfección, gallardía y gracia de que Dios la ha dotado y el resplandeciente manto de que va revestida».

En realidad, no es tan difícil trasladarnos de este jardín ideal a un jardín como el Generalife para descubrir los trazos arqueológicos de estos sueños escatológicos. Este jardín traía el descanso a las almas de los sultanes y les hacía olvidar el infierno de la vida profana. Además tenía una localización elevada, por la cual puede considerarse una conciliación entre el pre-escatológico (el paraíso de Adán que está situado en la cumbre del «pico de Adán») y el post-escatológico (el paraíso de la Otra Vida, penetrado después del purgatorio).

*El agua: «¿No ven los infieles que los cielos y la tierra formaban una masa compacta y que nosotros los hemos separado y que por medio de agua damos la vida a todas las cosas?» (XXI, 30).*

El agua es la esencia de la vida, por tanto, tiene que ser el centro de la existencia. En el jardín, las aguas brotan del centro, de arriba hacia abajo, para producir las verduras: «*El es el que ha hecho descender el agua del cielo. Con ella hacemos brotar los gérmenes de todas las plantas, con ella producimos la verdura de donde salen las semillas dispuestas por series, y las palmeras cuyas ramas dan racimos suspendidos, y los huertos plantados de viñas, y los olivos y los granados que se parecen y que se diferencian unos de otros. Dirigid vuestras miradas a sus frutos, considerad su fructificación y su madurez. En verdad, en todo esto hay signos para los que comprenden*» (VI, 99).

Cuando entramos en el patio de los Leones, lo más destacado que salta a la vista es la fuente que se sitúa en el centro. De ésta salen canales de agua que se extienden a las plantas, a los salones y a las albercas. En las albercas el agua queda más tranquila, reflejando, así, las plantas, la arquitectura y el cielo (alusión platónica). Por el agua, entonces, se mantiene nuestra vida/simulacro. Sin embargo, si nos entregamos a la contemplación de las corrientes que atraviesan el jardín por debajo de la plantación creciente dándole una imagen paradisíaca, olvidaremos, pues, el estado precario que hemos resentido ante la alberca, y nos consideraremos los bienaventurados que gozan del paraíso de Dios: «*Los que crean y obren el bien serán introducidos en los jardines regados por corrientes de agua; permanecerán allí eternamente, hallarán allí mujeres exentas de toda mancha y deliciosas sombras*» (IV, 57).

*Flores, árboles y arquitectura: «El mundo de aquí abajo se parece al agua que hacemos*



*La Montaña Mágica. Miniatura persa, Museo Turco e Islámico, Estambul.*

*descender del cielo, se mezcla con las plantas de la tierra con que se alimentan los hombres y los animales, hasta que, habiéndola absorbido la tierra, se adorna con ella y se embellece. Los habitantes de la tierra creen que son sus dueños; pero nuestras sentencias han pasado por ella durante el día y durante la noche, e inmediatamente hubo cosechas cual si nada hubiese ocurrido la víspera. Así es como hacemos aparecer claramente nuestros signos a los que reflexionan»* (X, 24). Los dueños del jardín islámico han atribuido a su tierra el espíritu de la eternidad para fundirla en el mundo de arriba donde no hay desastres. El espíritu de la eternidad es la armonía que cubre la vida del jardín para asegurar su permanencia, las aguas corren entrelazándose simpáticamente con la plantación, las flores forman con sus colores una alfombra bellísima que no debe de ocultar la arquitectura de las paredes, de esas flores se inspiran las imaginaciones y las sublimaciones amorosas. Desde los quioscos parte la contemplación hacia estos dones divinos. Y entre las paredes nace el olvido de lo que está fuera. Luego, desde sus bellas escrituras surge el placer del culto a las expresiones divinas (aleyas), y muchas veces, algunos versos de poemas te hacen sentir que estás en el paraíso celestial donde no se prohíbe nada. En este lugar, todo es una red: la religión, la literatura, el arte, la ciencia, todos estos aspectos conducen a sí mismos. La expresión *nasri; la galiba illa-lab* (sólo Dios es vencedor), esparcida por todos los rincones de la Alhambra, arranca el recuerdo de una época en la cual los musulmanes gobernaban la tierra por el sentido de una fuerza (voluntad) divina insuperable, la revelación vencedora se expresó, entonces, en formas estéticas confundiendo lo religioso con lo artístico, con lo científico... Por eso, hemos de insistir, todavía más, sobre el estudio plural de este conjunto sincrónico todas las sustituciones atribuidas por la fuerza o la debilidad de la presencia central: presencia de los orígenes.

Para finalizar, me gustaría señalar que este trabajo no ha pretendido ser más que una iniciación metodológica para un estudio objetivo del Islam. El Islam es un pensamiento definido por varios signos, históricos, sociales, psicológicos... Pues en esta medida consideramos el jardín islámico como uno de los discursos que mantienen en su conjunto sistemático la diversidad y la pluralidad de los sentidos. Por tanto, para conocerlo, necesitamos un estudio plural elaborado por varias especialidades. Así, y a lo largo de esta perspectiva, podemos devolver la Revelación a su sitio accesible y someter la Trascendencia a las leyes de nuestra conciencia.

EMILIO DE SANTIAGO SIMÓN  
C/ Emperatriz Eugenia, 5  
18002 GRANADA